

# anhelos perdidos

LAUREANO RAMIREZ

Image not found.

# Capítulo 1

## LOS ANHELOS PERDIDOS

Recuerdo vívidamente mi descubrimiento del mundo onírico, tanto en el descanso como en las inevitables elucubraciones fantásticas de un niño. Eran las visiones de mis primeros sueños únicamente las que me hacían feliz.

Tiempos aquellos en los que lo morboso y lo terrorífico me apasionaban e inundaban de placer mis sentidos; tiempos felices, tiempos remotos que sin duda no volverán pero sin los que jamás hubiera podido vivir como ahora existo: sin marchitar mi alma a la sombra de la rutina burda e indigna de una existencia cautiva y carente de libertades, secuestradas por aquellos que ejercen el poder de modo coercitivo.

Yo mismo ignoraba que la ignorancia es la mayor de las sabidurías mundanas. Sin necesidad no hay angustia, así pues la felicidad nace de la ignorancia: hay cosas que más vale no aprender jamás. Sin embargo todo está pensado para que aprendamos lo que no necesitamos e ignoremos todo aquello que nos hace personas libres, creativas, dignas...

Ahora, años después, aún sigo envuelto por las densas sombras de la imaginación; los monstruos de la razón me siguen acosando y en ellos encuentro inspiración para escribir, con más o menos fortuna, cosas que brotan de la imaginación, y no del corazón sino de los intestinos y sin pasar por el tamiz del raciocinio.

A veces sueño que cabalgo sobre la escuálida osamenta de un ave gigantesca, surcando los oscuros y tormentosos cielos. Pero ahora ya siento cierto miedo, pues con los años he llegado a percibir lo que antes la inocencia de la niñez me ocultaba.

Y aunque ya no puedo nadar hacia la luna, ni escalar las nubes que se alzan desafiantes, sucumbo a menudo al anhelo de los felices tiempos pasados y es por eso precisamente, por lo que ahora tengo pensamientos que me producen cierto pavor y a veces me aterran.

Mi momento vital puede ser otro, pero yo me siento en medio del crepúsculo...Ah! El crepúsculo... ¡cuánta belleza encerrada en tan escaso cromatismo!

Y entonces pienso que nada hay en la variedad sino la segura existencia de lo horrible y grotesco. Todo resulta ridículo cuando ampliamos el

objetivo.

Algunos han nacido para la noche eterna. Yo creí ser uno de ellos, pero al final fui engullido sin piedad por sus mágicos efluvios.

Hoy, mucho tiempo después, aún persigo el camino que creo que me llevará, de forma inexorable, al palacio de la sabiduría. Me convertí en ateo, pero en ese proceso, mi egoísmo se diluyó en el suero de la empatía. No hay nada que te haga más resiliente que el amor sin condiciones.